

THOMAS B. A L L E N

# Posesión

Historia real de un exorcismo

Traducción de Carme Camps

**grijalbo**  
**grupo grijalbo-mondadori**

Título original

POSSESSED

Traducido de la edición de Doubleday a División of  
Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc.,  
Nueva York, 1993

Diseño cubierta: Iborra & Asociados

© 1993, THOMAS B. ALLEN

© 1994, EDICIONES GRIJALBO, S. A.

Aragó, 385, Barcelona

*Primera edición*

ISBN: 84-253-2569-2

Depósito legal: B. 6. 379-1994

Impreso en Hurope, S. A., Recared, 2, Barcelona

*A la memoria del padre William S. Bowdern, S. J.*

## AGRADECIMIENTOS

Deseo dar las gracias de manera especial al padre Walter Halloran, S. J., quien me proporcionó una ayuda extraordinaria en la investigación y redacción de este libro. También leyó el manuscrito, una experiencia desconcertante para mí puesto que era el primer escrito que sometía a un jesuita desde mi época de instituto. El hermano del padre Halloran, Jack, y su hermana Ann, monja de la comunidad dominica de Sinsinawa, me ofrecieron su amistad e información general.

La hermana Ann recordaba haber conocido a un sacerdote que trabajaba en una tesis acerca de la posesión. Esto me condujo hasta el padre John J. Nicola, cuya tesis sobre la posesión diabólica es una aportación única a un tema gravemente descuidado por los teólogos. El padre Nicola me proporcionó una gran ayuda y consejo. Estoy en deuda con él en especial por sus respuestas perspicaces a mis muchas preguntas referentes a su especialidad.

Realicé gran parte de mi investigación de la liturgia del exorcismo en la Woodstock Theological Library de la universidad de Georgetown, cuyo director, el padre Eugene Roone, S. J., y la servicial Nora O'Callaghan soportaron mi ignorancia y me condujeron a lo que necesitaba. En la biblioteca fue donde conocí a una leyenda de Georgetown y eminente historiador, el padre Joseph Durkin, S. J., quien me ayudó en gran manera, al igual que Jon Reynolds, el archivero de la universidad de Georgetown. El padre Alian Mitchell, S. J., teólogo de Georgetown, me acompañó por el recinto universitario y me dio mi lección inicial de la teología y psicología de la posesión. El padre Joseph M. Moffitt, S. J., fue otro teólogo de Georgetown que me ayudó. El padre Bernier, archivero de la archidiócesis de Washington, encontró viejos recortes que yo no pude encontrar en ninguna otra parte.

En la universidad de St. Louis, recibí ayuda y sugerencias, que fueron bien recibidas, por parte del padre Francis X. Cleary, S. J., teólogo que enseña acerca del mal, para que siguiera investigando. Jay Nils, del University News de la universidad de St. Louis, me proporcionó números atrasados que contenían un filón de información.

Lisa Feerick, escritora, compartió generosamente lo que sabía sobre la filmación de la película *El exorcista*, igual que el padre Thomas Bermingham, S. J. El doctor Richard Broughton, director de investigación del Institute of

Parapsychology de Durham, Carolina del Norte, me introdujo al elemento parapsicología del caso y me proporcionó documentos que me ayudaron en gran manera a reconstruir el papel del reverendo Schulze. De manera similar, el padre Frank Bober me proporcionó información muy valiosa acerca de los dos exorcismos realizados en «Robbie». Judy Folkenberg me guió hasta fuentes psiquiátricas de las opiniones modernas acerca de la posesión.

Mi esposa, Scottie, que me ha ayudado con su amor y apoyo cada vez que he escrito un libro, se hizo investigadora por mí en éste y me proporcionó información y perspectivas indispensables.

Finalmente, doy las gracias a mis editores, Leslie Meredith y Tom Cahill, por ver lo que al principio yo no veía. Este libro no habría podido escribirse sin su fe. Fue tarea de Tom corregir el manuscrito inicial. Me hacía preguntas y buscaba la claridad como sólo un profesional sabe hacerlo. A partir de ahora, cuando alguien me pregunte qué hace un buen editor para ayudar a un autor y un libro, le hablaré de Tom Cahill.

## ¿ERES TÚ, TÍA HARRIET?

Robert Mannheim<sup>1</sup> nació en 1935 en el seno de una familia que luchaba por sobrevivir durante la Gran Depresión. Su padre, Karl Mannheim, igual que muchos de los padres que vivían en las afueras de Washington, trabajaba para el gobierno federal. El sueldo era bajo pero el empleo era fijo. A causa de la Depresión la vida era cada vez más dura, y pronto la abuela Wagner se trasladó a vivir con ellos. Los hogares con tres generaciones no eran inusuales, ya que, como a menudo decía la gente, cuando los tiempos eran difíciles, lo único con lo que se podía contar era la familia. Ésta sería una lección que Robbie oiría una y otra vez mientras crecía.

En enero de 1949, cuando aún faltaban unos meses para que Robbie cumpliera catorce años, la vida transcurría con absoluta normalidad. El muchacho se levantó de la cama, desayunó, fue a la escuela, regresó a casa, escuchó sus programas de radio favoritos, hizo los deberes, cenó y se acostó. Era un chico delgado, pesaba cuarenta y tres kilos y no sufría ningún problema mental o físico evidente. No era muy aficionado a los deportes, y prefería los juegos de mesa, que practicaba en la cocina.

Como era hijo único, tenía que contar con los adultos que había en casa como compañeros de juego. Uno de estos adultos era su tía Harriet, la hermana de Karl Mannheim, que vivía en St. Louis, pero que visitaba a los Mannheim con frecuencia. Cuando se alojaba en casa de Karl, Harriet respondía al interés de Robbie por los juegos de mesa y le presentó uno nuevo: el tablero Ouija.

Ella le enseñó a colocar los dedos rozando la placa, una fina plataforma de madera que se movía sobre pequeños rodillos por encima de la superficie de madera del tablero Ouija. Alrededor del tablero estaban las letras del alfabeto, los números del 0 al 9 y las palabras «Sí» y «No». Robbie estaba fascinado. Le gustaba el movimiento deslizante de la placa mientras iba de una letra a otra, deletreando las respuestas a las preguntas que él o tía Harriet formulaban.

El tablero Ouija —su nombre procede del francés *oui* y el alemán *ja* [sí]— era algo más que un juego. Como tía Harriet era espiritista, lo consideraba una manera de establecer contacto entre este mundo y el otro. La placa,

---

<sup>1</sup> Robert Mannheim no es su verdadero nombre. También se utilizan seudónimos para los demás miembros de la familia, incluidos tía Harriet y otros parientes que aparecerán más adelante.

explicó a Robbie, a veces se movía como respuesta a las contestaciones que daban los espíritus de los muertos. Se comunicaban penetrando en la consciencia de las personas que se hallaban ante el tablero. Los espíritus, dijo tía Harriet, producían impulsos que viajaban a través del médium a la placa, la cual se movía, obediente, para deletrear las palabras o señalar «Sí» o «No».

Tía Harriet parecía tratar a Robbie más como un amigo especial que como un sobrino. Poseía una cualidad exótica, en especial cuando hablaba de espiritismo. Entre visita y visita, Robbie a veces jugaba solo con el tablero Ouija. Estaba acostumbrado a encontrar diversiones solitarias.

Harriet dedicaba gran cantidad de tiempo y energía a intentar comunicarse con los espíritus de los muertos. Ella creía no sólo que la vida prosigue después de la muerte, sino que podía comunicarse con los espíritus de las personas que habían muerto. Durante años, la madre de Robbie, Phyllis, había oído hablar de espiritismo a su cuñada. Phyllis no se consideraba espiritista, pero creía en algo de lo que Harriet profesaba. El padre de Robbie no le daba ningún crédito. Y tampoco la abuela Wagner.

Tía Harriet dijo a Robbie y Phyllis que, a falta de un tablero Ouija, los espíritus podían intentar llegar a este mundo dando golpecitos en las paredes. Este fenómeno era muy conocido por los espiritistas, quienes podrían citar muchos casos en los que se había establecido contacto mediante golpecitos. Contando los golpes y respondiendo con el mismo número, una persona viva podía iniciar un sistema de comunicación y desarrollar un código. Los golpes eran un método más lento y menos eficaz que el tablero Ouija, pero al menos resultaban un medio para que los espíritus llegaran hasta ellos.

La mejor manera de comunicarse con el mundo de los espíritus, según creía tía Harriet, era mediante una sesión de espiritismo, en la que los creyentes se cogían de las manos con un médium para fundir así sus energías psíquicas. Si la sesión iba bien, un espíritu tomaba el cuerpo del médium en lugar de sólo los dedos y las manos. Las actividades de Harriet en Maryland no incluyen ninguna sesión de espiritismo. Pero, como demuestran los hechos que a continuación se narran, la familia conocía bien varios métodos para intentar ponerse en contacto con los muertos.

Grandes fuerzas empezaban a concentrarse en el hogar de los Mannheim, una casa de madera, de dos pisos, en Mount Rainier, Maryland, en las afueras de Washington, D. C. Se las podría denominar fuerzas psicológicas, aunque ésta es una designación insuficiente para el horror abrumador que se avecinaba. Otros puede que quieran llamarlo fuerzas diabólicas, sobrenaturales o paranormales. Fuera cual fuere el origen, algo poderoso estaba a punto de invadir la mente de Robbie y posiblemente su alma.

Un guardián de las fuerzas psicológicas en aquella época y en aquel lugar era tía Harriet. Para una espiritista como ella, los intentos de tratar con los muertos no eran ni paganos ni peligrosos. La mayoría de espiritistas se consideraban buenos cristianos, seguidores de Jesucristo, quien había demostrado, con Su resurrección, decían ellos, su afirmación de que hay vida después de la muerte. Sin embargo, los espiritistas no escuchaban las advertencias bíblicas contra el trato con espíritus. El Deuteronomio llama a esto «abominación para Señor» y el Levítico dice: «Todo hombre o mujer en el que resida un brujo o adivino, morirá: se le lapidará con piedras; su sangre caerá sobre ellos».

Las siniestras palabras bíblicas demuestran lo profundo que es para la psique humana el temor de los muertos. Sin embargo, en la historia bíblica de Saúl, incluso un rey, en otro tiempo bendecido por Dios, recurre al empleo de un médium. El rey Saúl, disfrazado, va a ver a «una mujer nigromántica», la pitonisa de Endor. Él le pide que haga aparecer al profeta Samuel, quien pregunta:

—¿Por qué me has turbado, haciéndome salir?

Samuel, que puede ver el sombrío futuro de Saúl, le dice que morirá en el campo de batalla, lo cual ocurre pronto.

Muchos, antes y después de este suceso, han buscado ese poder: la capacidad de ver el futuro. La visita de Saúl a la pitonisa demuestra la creencia de que los difuntos, que moran en algún lugar después de la muerte, pueden ver los acontecimientos futuros y predecir la conducta humana. Esta creencia ha persistido, al igual que el miedo a los intentos de comunicarse con los muertos. Pero a veces ha parecido que las gratificaciones —la clarividencia, el poder, el conocimiento— merecían correr ese riesgo.

Los intentos de comunicarse con los muertos tradicionalmente se han llevado a cabo a través de un médium. Él o ella invoca a un espíritu, que entonces se apodera del médium. Se trata de una forma de posesión. Los espiritistas como tía Harriet no consideraban que sus creencias significaran que se aceptaba la posesión. Pero tanto si se realizaba una sesión de espiritismo como si se utilizaba un tablero Ouija, los espiritistas penetraban en el mismo fenómeno que la Biblia condena con tanta vehemencia.

El sábado 15 de enero de 1949, Karl y Phyllis Mannheim salieron por la noche, dejando a Robbie y a la abuela Wagner solos en casa. Poco después de que Karl y Phyllis se marcharan, la abuela Wagner oyó un goteo. Ella y Robbie comprobaron todos los grifos de la limpia y bien cuidada casa. No encontraron el origen del ruido.

Entraron en cada habitación; se detenían y escuchaban, aguzando el oído para localizar el rítmico y persistente ruido. Por fin decidieron que el goteo procedía del dormitorio de la abuela Wagner, debajo del techo inclinado del segundo piso. Entraron y, mientras escuchaban el fuerte goteo, vieron que un cuadro en el que estaba representado Cristo empezaba a sacudirse, como si alguien estuviera golpeando la pared por detrás del cuadro.

Cuando Karl y Phyllis Mannheim regresaron a casa, el ruido de goteo había cesado. Pero había comenzado otro extraño sonido: unos arañazos, como si una garra rascara la madera. Los cuatro permanecieron de pie en el dormitorio de la abuela Wagner y escucharon. Karl se agachó y miró debajo de la cama. Los arañazos parecían proceder de allí. Karl sonrió y dijo que una rata o un ratón había decidido entrar para protegerse del frío del invierno y construir un nido debajo de la cama de la abuela. Por fin, los arañazos dejaron de oírse y todos se acostaron, maravillados o asustados en secreto.

Hacia las siete de la tarde siguiente, los arañazos volvieron a oírse debajo de la cama de la abuela Wagner. Karl volvió a culpar a una rata o un ratón. Llamó a un exterminador, quien levantó una tabla del suelo en busca de señales de algún roedor. No encontró ninguna, pero puso veneno por si el roedor había desaparecido sólo momentáneamente.

Durante las siguientes noches, los arañazos prosiguieron; comenzaban hacia las siete y dejaban de oírse hacia medianoche. Entre los miembros de la



familia se hablaba poco de esos ruidos nocturnos. Exteriormente, todos estaban de acuerdo con Karl: una rata o un ratón hacía ese ruido y al final paraba. Los arañazos eran un fastidio, nada más. Aun así, la búsqueda de Karl era en cierto modo desesperada. Levantó más tablas del suelo y arrancó paneles de las paredes.

Según se supo más tarde, en aquella época nadie especulaba mucho acerca del origen de los arañazos. Pero Phyllis, al menos, estaba empezando a creer que el goteo y los arañazos de alguna manera estaban relacionados con tía Harriet y sus intentos de comunicarse con los espíritus.

El 26 de enero, once días después de oírse los primeros arañazos, tía Harriet murió en St. Louis, donde la familia Mannheim tenía muchos parientes. Robbie, que parecía desolado por la muerte, volvió a utilizar el tablero Ouija. Se pasaba horas con él. A sus padres y a su abuela no les interesaba saber qué preguntas hacía ni qué respuestas podía haber leído mientras la placa se movía sobre el tablero. Casi con total certeza empleaba el tablero Ouija para intentar llegar hasta tía Harriet. Fuera cual fuese el éxito obtenido, no cabía duda de que ella permanecía en la casa, al menos como recuerdo.

Hacia la época de la muerte de tía Harriet, los ruidos de arañazos en la habitación de la abuela cesaron. Karl proclamó que el ruidoso roedor había muerto o se había ido. Pero arriba, en la habitación de Robbie, comenzaron a oírse nuevos ruidos, ruidos que al principio sólo él podía oír. Él los describió como el rechinar de unos zapatos. «Era —dijo—, como si alguien caminara junto a mi cama, arriba y abajo, con unos zapatos que rechinaban. » A Robbie no parecía asustarle este ruido, que comenzaba cuando él se ponía el pijama y se metía en la cama.

Tras seis noches de oír el rechinar de zapatos, Phyllis y la abuela Wagner fueron a la habitación de Robbie y se acostaron con él en su cama. Los tres oyeron el ruido de unos pies que se movían, pero los pies parecían marchar al son de un tambor: arriba y abajo junto a la cama, arriba y abajo, arriba y abajo.

Phyllis no pudo soportarlo más:

—¿Eres tú, tía Harriet? —preguntó de pronto.

No obtuvo respuesta.

Phyllis esperó un momento y nuevamente dijo:

—Si eres Harriet, golpea tres veces.

Algo que parecía una ola de presión empujó a las tres personas que se hallaban en la cama. La presión pareció pasar a través de ellas y golpear el suelo, debajo de ellas. El ruido de un golpe reverberó desde el suelo. Otra ola. Otro golpe. Una tercera ola. Un tercer golpe.

Phyllis volvió a esperar y dijo:

—Si eres Harriet, confirmamelo dando cuatro golpes.

Una ola de presión y un golpe. Una ola. Un golpe. Una ola. Un golpe. Una ola y el cuarto golpe.

Ahora, debajo de ellos, dentro del colchón sobre el que se hallaban tumbados, oyeron lo que parecía el arañazo de una garra. No les tocó, pero percibieron el sonido que se onduló a través del colchón. Después, al comparar las reacciones, Phyllis y la abuela recordaron que, aterradas, cada una había fingido no haber oído el arañazo. En ese momento, se dieron cuenta las dos más tarde, el colchón empezó a sacudirse, primero suavemente y después con violencia.

Cuando cesaron las sacudidas, los bordes de la ropa de la cama, que estaban remetidos en el colchón, se elevaron. Como narraron posteriormente las mujeres, los bordes de las sábanas «se levantaron sobre la superficie de la cama y se enroscaron como si estuvieran almidonadas».

Sin decir palabra, Robbie, su madre y su abuela bajaron de la cama, que, de repente, se había quedado quieta, y tocaron la endurecida colcha. Sus lados cayeron y la cama recuperó su aspecto normal.

Pero los arañazos en el colchón no pararon aquella noche ni la siguiente. Los arañazos prosiguieron, noche tras noche, durante más de tres semanas.

Estos alarmantes fenómenos no se producían solamente en casa de los Mannheim. Los pupitres de la escuela de Robbie eran unidades de asiento y pupitre móviles, con un solo brazo que servía de superficie para escribir. En enero y febrero, varias veces el pupitre de Robbie dio una sacudida hacia el pasillo y empezó a ir de un lado a otro, golpeando los otros pupitres y provocando un gran alboroto en la clase. Aunque el profesor supuso, naturalmente, que Robbie impulsaba su pupitre con los pies, éste juró que no lo había hecho. Se había movido solo, dijo. Más tarde, al describir a su madre el movimiento del pupitre, Robbie dijo que el pupitre se deslizaba sobre el suelo como una placa de Ouija.

Existe una gran cantidad de literatura en todo el mundo que habla de sucesos como éstos: sucesos extraños e inexplicables que la gente experimenta e intenta describir. Las historias forman círculos concéntricos, con los asustados y balbuceantes testigos en el centro. Alrededor de éste, en el primer círculo apretado, se encuentran los asombrados parientes y amigos, que escuchan y se preguntan, confían pero no creen. En el segundo círculo, detrás de los primeros oyentes que conocen a los testigos, están los vecinos y los que gustan de hacer circular rumores, que cuentan lo que han oído o lo que han imaginado que oían, adornando el distante suceso con detalles erróneos sacados de otras historias o de su propia inspiración. De aquel débil y creciente círculo suele salir el relato que llega a las últimas páginas de los periódicos que será leído con sonrisas irónicas por los escépticos. Al final, los relatos se abrirán paso hasta las revistas y los libros de los auténticos creyentes, los fanáticos cuya fe en lo inexplicable no es equiparable a la demanda de hechos.

Pero algo diferente iba a ocurrir con los relatos de los sucesos ocurridos en la casa de los Mannheim. En el primer círculo no sólo se hallaban los parientes y amigos sino también ministros de la iglesia, psicólogos y sacerdotes que escribieron lo que oyeron y vieron. A través de su testimonio, los acontecimientos que experimentó Robbie quedarían registrados.

Sin embargo, durante los siguientes días, sólo existiría el centro. Ningún extraño se hallaba allí para vivir las noches que se iniciaban con temor. En la casa no se encontraba nadie salvo Robbie y su familia para oír y ver lo que ellos creían que oían y veían.

Robbie siempre se hallaba presente cuando sucedía algo misterioso. En una ocasión, un abrigo que estaba colgado salió volando de un armario y cruzó una habitación. En otra, una Biblia se elevó desde la librería y aterrizó a los pies de Robbie. Él se encontraba cerca cuando otros vieron una naranja y una pera cruzar volando la habitación. Un día, la mesa de la cocina se volcó. Otro día, la tabla del pan se deslizó por el mostrador de la cocina y cayó al suelo. Una mañana, Phyllis regañó a Robbie por esparcir su ropa por toda la cocina. Robbie juró que cuando se había acostado había dejado la ropa sobre una silla de su dormitorio.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

